

y lo resolvió es lo que aleja a este libro de lo común. Es un estudio auténtico que provoca nuevos cuestionamientos y que plantea un enfoque diferente para comprender la trascendencia de prácticas añejas que no pierden presencia y que pueden observarse, con sus respectivos matices, hoy día en el país.

Es necesario problematizar acontecimientos pasados buscando respuestas que dialoguen entre lo social y lo político. Florencia Gutiérrez con su estudio apuntala y sugiere nuevas miradas que enriquecen una época coyuntural. Su enfoque da claridad a la relación entre los mecanismos que se pusieron en práctica, para que el mundo del trabajo y el poder político dialogaran en un espacio urbano como lo fue la Ciudad de México de fines del siglo XIX.

Los tiempos que corren obligan a los historiadores a tender puentes interpretativos útiles para que la reflexión transite y cuestione las realidades que nos determinan. Vale la pena asomarse a esta ventana interpretativa, a través de la cual podemos observar los alcances y la trascendencia de una historia donde lo social y lo político se vinculan, con la finalidad de escuchar otras voces que complementan e invitan a la reflexión.

Ivette Orijel

*Universidad Nacional Autónoma de México*

DANIEL KERSFFELD, *Contra el imperio. Historia de la Liga Anti-imperialista de las Américas*, México, Siglo Veintiuno Editores, 2012, 328 pp. ISBN-13 978-607-03-0365-4

Este libro forma parte de un renovado interés por hacer una historia de la izquierda latinoamericana sin los mitos, ficciones y silencios a los que estábamos acostumbrados. De hecho, en muchos

casos esta nueva perspectiva retoma dichas construcciones ilusorias o simbólicas para problematizar el contexto y los alcances del comunismo, el socialismo o el aprismo en nuestro continente.

Para el autor, el análisis de la Liga Antiimperialista de las Américas (LADLA) no sólo involucra un cruce entre la historia institucional, de las ideas, política o social, por mencionar algunas posibilidades, sino que significa reconceptualizar la historia de América Latina en su conjunto.

Las ligas antiimperialistas fueron organizaciones periféricas que se crearon a mediados de la década de 1920 en torno o paralelamente a los partidos comunistas latinoamericanos (con una entidad central, la LADLA ubicada en México), con el objetivo de incorporar a sectores que, opuestos al imperialismo, no se encontraban tan convencidos por el sistema soviético. Según una de las tesis principales del autor, este origen permitió que en cada sección local convivieran, no sin tensiones, sectores latinoamericanistas, nacionalistas e internacionalistas. La vocación de frente amplio con la que nacieron las ligas, incluyendo, estudiantes, intelectuales, obreros y campesinos, las transformó en herramientas políticas de primera importancia para los partidos comunistas locales. Pero con el tiempo, esta inclinación también fue la causa de sus agonías, cuando la Komintern decidió llevar a cabo el denominado tercer periodo y rechazar este tipo de alianzas que significaban pactar con sectores de la “pequeña y mediana burguesía”. Esto representó una muerte lenta, que se prolongó hasta mediados de los años treinta.

Para desarrollar la investigación y hacerla factible, Kersffeld se concentra en la experiencia de tres países de la región: México, Argentina y Cuba. Por medio de las especificidades de cada uno de ellos, logra establecer los límites dentro de los cuales el proyecto común de la LADLA buscaba desplegarse. Pero su análisis en ningún caso se restringe exclusivamente a las lógicas de cada país, sino precisamente la relevancia metodológica de este trabajo

consiste en la superación de los marcos analíticos nacionales, para pensar el problema desde una perspectiva continental.

Las diferencias y similitudes entre los procesos de México, Argentina y Cuba sirven al autor como evidencia de que la conformación de la LADLA implicó la participación activa de todos los implicados y no respondió exclusivamente a los intereses y a la planificación de la Komintern. De ese modo, desafía las nociones historiográficas que proponen que la creación de los partidos comunistas en el continente fue el resultado de la imposición de esquemas desarrollados en Europa, sin percibir el carácter dialógico que este proceso envolvió.

De ese modo, uno de los aspectos más interesantes del libro es la articulación narrativa de los diferentes espacios y tiempos históricos que acompañaron a la Liga Antiimperialista de las Américas. La confluencia de las historias locales, nacionales, continentales e internacionales, permiten al lector encontrar un panorama complejo de los procesos políticos, y no reducciones deterministas o simplificaciones de un escenario que evidentemente fue heterogéneo y diverso.

Capítulo tras capítulo, podemos ver cómo la Komintern pasa paulatinamente desde el desconocimiento absoluto de la situación latinoamericana, prefiriendo preocuparse por la India o China, hacia una cada vez mayor compenetración con sus problemas y sus propias disputas. Así, la historia que Daniel Kersffeld nos presenta tiene siempre como telón de fondo las discusiones y los malos entendidos sobre el carácter de "Latinoamérica" en el seno de la Internacional Comunista. Para aterrizar este proceso el autor analiza sucesivamente los diferentes congresos internacionales que se produjeron tanto en Europa como en tierras americanas, vinculados a los propios partidos o, en otras ocasiones, a conglomerados como la Liga Contra el Imperialismo.

En las discusiones dentro de cada una de las secciones de la LADLA también encontramos que los intentos por construir

la organización chocaban con problemas, divergencias y querellas ideológicas. Si desde la Unión Soviética no se conocía muy bien la realidad política latinoamericana, los propios militantes del continente tenían problemas para caracterizar el contexto en el que debían desenvolverse. La caracterización del imperialismo, errores en el análisis político coyuntural, los impulsos personalistas e incluso desavenencias con las políticas propias de los partidos comunistas locales contribuyeron a frenar muchas de las iniciativas en las que se involucró la Liga.

Pero, según el autor, a pesar de todos los problemas que enfrentaron, tanto en el ámbito local como regional, las secciones lograron llevar a cabo acciones exitosas y contribuyeron a estrechar los lazos políticos latinoamericanos. Uno de los ejemplos que Kersfeld destaca es el papel de la organización en las campañas internacionales a favor de la lucha sandinista en Nicaragua, que hicieron de Augusto C. Sandino un baluarte del antiimperialismo y la soberanía de los pueblos a escala mundial. Sin embargo, nuevamente nos encontramos con que los conflictos y las discrepancias terminaron por limitar cualquier avance de la Liga. En este caso, las secciones locales comenzaron apoyando la lucha, que comandaba el doctor Juan B. Sacasa, en contra de los imperialistas estadounidenses. Pero mientras las organizaciones se manifestaban respaldando estas acciones, también enfatizaban que Sacasa había sido uno de los represores de la Federación Obrera Nicaragüense, por lo que cualquier contribución a su causa se reducía solamente a sus actos opuestos al imperialismo y nada más (ver por ejemplo el "Manifiesto de la Liga Anti-Imperialista", de enero de 1927 en Buenos Aires). Sandino, también perteneciente al ámbito liberal, surgió entonces como una figura alternativa dentro de este proceso, en quien la LADLA podía enfocar su esfuerzo sin tener que cargar con el pasado de los políticos nicaragüenses tradicionales. Esta situación tampoco podía durar mucho tiempo y un par de años después las relaciones entre el guerrillero y

el Partido Comunista Mexicano estaban totalmente quebradas. A pesar de ello, algunos sectores de la Komintern continuaron respaldando su actuar. Estas sinuosidades de los procesos históricos latinoamericanos ejemplifican muy bien el desafío que significa reconstruir la historia de la Liga Antiimperialista de las Américas, el cual Daniel Kersffeld acomete con precisión y profundidad.

Pero este libro no sólo entrega algunas respuestas sobre los temas abordados, sino que abre algunas interrogantes que deben continuar siendo exploradas por los historiadores de la izquierda latinoamericana. Uno de los problemas que a mi juicio quedan sin una respuesta suficientemente desarrollada y que sería un tema interesante de profundizar, en la medida que las fuentes lo permitan, es el relacionado con quienes conformaron estas ligas. Si bien la apuesta de estas organizaciones fue desde un principio aglutinar a amplios sectores antiimperialistas, incluyendo intelectuales, estudiantes universitarios y trabajadores, su conformación real sigue siendo un tema escurridizo. En general, la participación se redujo a pequeños grupos dirigentes de determinadas agrupaciones, pero continuar analizando sus componentes, más allá de las capas dirigenciales, podría ayudarnos a comprender cómo funcionaron y, especialmente, responder cuál fue su importancia dentro del amplio entramado de organizaciones similares que existieron durante el periodo.

La pregunta acerca de quiénes participaron en estas agrupaciones también nos conduce a un tema que permanece como trasfondo de todo el libro, pero que no es abordado directamente. Me refiero específicamente al papel de los militantes extranjeros en las ligas antiimperialistas y cómo Buenos Aires, la ciudad de México y La Habana (en menor medida) se transformaron en metrópolis que recibieron varias oleadas de exiliados y viajeros tanto latinoamericanos como europeos, militantes radicales que necesitaban reconvertir sus prácticas políticas para combatir dictaduras desde el exterior. Los cubanos, venezolanos, peruanos, chilenos y centroamericanos que arribaron a México des-

de 1920 desempeñaron papeles importantes en la LADLA. Algunas de estas personas ya habían tenido una experiencia similar en La Habana. En Buenos Aires la presencia de peruanos, guatemaltecos, paraguayos, brasileños, también impactó en las organizaciones de la izquierda. Estas ciudades podrían considerarse *sitios de exilio*, como ha propuesto Luis Roniger, o *ciudades anti-imperialistas*, como plantea Michael Goebel, puntualizando que sus condiciones específicas, culturales, sociales o institucionales, repercutieron en las prácticas de todos sus actores políticos, y especialmente de aquellos militantes que precisamente luchaban contra el imperialismo. La presencia concreta de integrantes de varios países del continente en cada una de las secciones de la LADLA es algo que todavía requiere ser tratado con mayor profundidad.

Por último, un tercer elemento al que nos abre la investigación de Daniel Kersffeld se refiere a las prácticas políticas cotidianas que se desarrollaron dentro de estas organizaciones, y también dentro de los partidos comunistas locales. Más allá de sus construcciones ideológicas y adscripciones políticas, sería necesario avanzar en el análisis de cómo funcionaban. Por ejemplo, algunas preguntas: ¿cómo las secciones desarrollaron flujos informativos continentales, en escenarios de censura y vigilancia?, ¿qué mecanismos implementaron para la formación de sus respectivos cuadros?, o, si los lugares que utilizaron eran las mismas sedes vinculadas a la izquierda marxista, ¿cómo esperaban hacer ligas que no fueran tan “rojas”? A mi juicio, estas preguntas y otras parecidas también podrían ayudarnos a comprender el desafío que la LADLA representó tanto para el imperialismo como para los propios partidos de izquierda y, especialmente, cómo incidió en la búsqueda de definiciones políticas propias en América Latina.

Sebastián Rivera Mir  
*El Colegio de México*